



Por Diácono José M. Santos

Santa Alegría III

Podemos decir que la felicidad es equivalente: a la alegría que vivimos en un ambiente de armonía donde reine la paz. Todos queremos vivir en paz, no siempre lo logramos porque no ponemos los medios necesarios para lograr la paz. Oramos con el himno de la Liturgia de las Horas que dice: “Señor dame concordia de cuerpo y alma”.

El cuerpo es criatura de Dios, y a él le pertenece. El alma es infundida en el cuerpo por el mismo Señor para que el cuerpo tenga vida, y también dice el salmista: “Señor si tú les retiras tu aliento, mueren y desaparecen” (Salmo 104, 29). Tú existes porque el Señor tu Dios te regaló la vida y esa vida es de Dios, solo él puede y tiene derecho a retirarla del cuerpo. Tuyo soy, tuyo soy..., dice la canción.

Así dice San Pablo: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación, los judíos en primer lugar, pero también de los que no lo son. Pues el evangelio nos muestra de qué manera Dios nos hace justos: es por fe, de principio a fin. Así lo dicen las Escrituras: El justo por la fe vivirá”. (Rm 1, 16-17)

El evangelio es la buena noticia transmitida con alegría para despertar a la fe a los que se van salvando y viven según la voluntad de Dios. Esta buena noticia, tiene poder para desterrar la tristeza, la angustia, el odio, la soledad, el rechazo a amar a ciertas personas.

Cuando una persona se enamora de alguien, la primera reacción de la persona que ama, es una alegría desbordante que no se puede ocultar. El amor produce alegría en el corazón del enamorado o de la enamorada, de la misma manera esa persona quiere, y busca la forma de comunicarse y contagiar a la otra. Así es la presencia de Dios que es Amor, sí, Dios es Amor.

Cuando Dios decide visitar a la humanidad en persona, un ángel anuncia el nacimiento de Jesús como dice el evangelio de San Lucas en el primer capítulo: “A los seis meses, Dios mandó al ángel Gabriel a un pueblo de Galilea llamado Nazaret, donde vivía una joven llamada María; era virgen, pero estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José, descendiente del rey David. El ángel entró en el lugar donde ella estaba, y le dijo: ¡Salve, llena de gracia! El Señor está contigo. María se sorprendió de estas palabras, y se preguntaba qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: María, no tengas miedo, pues tú gozas del favor de Dios. Ahora vas a

quedar encinta: tendrás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será un gran hombre, al que llamarán Hijo del Dios altísimo, y Dios el Señor lo hará Rey, como a su antepasado David, para que reine por siempre sobre el pueblo de Jacob. Su reinado no tendrá fin. María preguntó al ángel: ¿Cómo podrá suceder esto, si no vivo con ningún hombre? El ángel le contestó: **El Espíritu Santo vendrá sobre ti**, y el poder del Dios altísimo se posará sobre ti. Por eso, el niño que va a nacer será llamado Santo e Hijo de Dios. También tu parienta Isabel va a tener un hijo, a pesar de que es anciana; la que decían que no podía tener hijos, está encinta desde hace seis meses. **Para Dios no hay nada imposible**. Entonces María dijo: Yo soy esclava del Señor; que Dios haga conmigo como me has dicho. Con esto, el ángel se fue”. (*Lc. 1,26-38*).

Esta es la noticia que ha traído más alegría a la tierra, los que celebramos con conciencia clara la navidad, sabemos que júbilo se siente. Muchos también se alegran aunque no entienden lo que celebran, pero es buena noticia y es motivo de gozo para la humanidad. Dios visita a su pueblo, éste es el acontecimiento de la navidad.

La Visitación de María a Isabel: “Por aquellos días, María se fue de prisa a un pueblo de la región montañosa de Judea, y entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Cuando Isabel oyó el saludo de María, **la criatura** se le estremeció en el vientre, y ella **quedó llena del Espíritu Santo**. Entonces, con voz muy fuerte, dijo: ‘¡Dios te ha bendecido más que a todas las mujeres, y ha bendecido a tu hijo! ¿Quién soy yo, para que venga a visitarme la madre de mi Señor?’ Pues tan pronto como oí tu saludo, **mi hijo se estremeció de alegría en mi vientre**. ¡Dichosa tú por haber creído que han de cumplirse las cosas que el Señor te ha dicho! María dijo: ‘Mi alma alaba la grandeza del Señor; **mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador**. Porque Dios ha puesto sus ojos en mí, su humilde esclava, y desde ahora siempre me llamarán dichosa; porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas. **¡Santo es su nombre!**’ Dios tiene siempre misericordia de quienes lo reverencian. Actuó con todo su poder: deshizo los planes de los orgullosos, derribó a los reyes de sus tronos y puso en alto a los humildes. Llenó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Ayudó al pueblo de Israel, su siervo, y no se olvidó de tratarlo con misericordia. Así lo había prometido a nuestros antepasados, a Abraham y a sus futuros descendientes’. María se quedó con Isabel unos tres meses, y después regresó a su casa”. (*Lc. 1,39-56*)

Dice el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*: “La alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. Recobremos y acrecentemos el fervor, la dulce confortadora alegría de evangelizar. La alegría del evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie”. No tengan miedo ahí tienen la buena noticia, que les trae la paz. Gloria a Dios en las alturas y Paz a los hombres de buena voluntad.